

Hojitas de Fe

Credidimus caritati

215

14. Monseñor Lefebvre

La vida religiosa y apostólica y nuestro noviciado

«Cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, y sin subir a Jerusalén –donde estaban los apóstoles anteriores a mí–, me fui a Arabia» (Gal. 1 15-17).

Esta frase bien paulina, rica en sentido sobrenatural y en sentido profundo de la vocación de San Pablo, es muy instructiva como indicadora de las etapas de la realización de nuestra propia vocación. Ahora bien, concluye en lo que menos se esperaría: «Me fui a Arabia». Se esperaría la partida hacia la evangelización; pero no es ahí, sino en el retiro de la soledad del desierto, donde Nuestro Señor se le revelaría, según se lo había prometido.

Esta estadía en Arabia, ¿no evoca nuestro noviciado? ¿Acaso se destinaba San Pablo a la vida eremítica o cenobítica? No, sino al apostolado. Y, sin embargo, no se preparó a la predicación en medio del mundo, sino que se retiró a Arabia. Hoy, en que algunas iniciativas van demasiado lejos en la «puesta al día» del noviciado, sería conveniente definirlo antes, dando sobre él ideas claras.

¿No se dice demasiado pronto del noviciado, tal como todos lo hemos hecho, que es egocéntrico y enteramente orientado hacia el mismo candidato que lo sigue? También se dice que la vida religiosa es sólo un medio para la vida apostólica. Aunque hay algo de verdad en eso, se corre el riesgo de ser falaz y trámoso si no se explica debidamente y se circumscribe exactamente.

¿Qué se entiende por vida religiosa, y qué se entiende por vida apostólica? Bien definidas, estas realidades son perfectamente complementarias, y mucho más afines la una a la otra de lo que se supone.

1º Qué se entiende por vida religiosa.

Si se define la vida religiosa como la simple observancia del silencio, de la vida de comunidad, de las prescripciones de los tres votos, podemos hablar de medios sin lugar a dudas, pero más bien de medios para adquirir, guardar y desarrollar la santidad de nuestras almas, que de medios para la vida apostólica. La santidad es, pues, el fin inmediato de la vida religiosa, una santidad consistente

en la oblación total y definitiva de sí mismo a Nuestro Señor Jesucristo, y que nos hace así más aptos para el apostolado.

¿No es esta verdad tan simple y evidente como para hacernos amar y desear nuestro noviciado, tal como San Pablo deseaba su estadía en Arabia? Nos damos a Jesús porque lo conocemos y lo amamos. El fin del noviciado será, pues, adquirir un conocimiento y un amor de Nuestro Señor más experimental que especulativo. Ahí está el alma de nuestro noviciado. El religioso, si quiere ser un verdadero apóstol, ha de hallar personalmente a Aquel que es la fuente, el medio y el fin de todo apostolado: el mismo Jesús. Si no lo encuentra en el camino de Damasco, como Saulo, tiene que encontrarlo en el silencio, el retiro y la oración, como los apóstoles en el Cenáculo. Y para lograrlo, nada mejor que un noviciado.

Y así como los apóstoles salieron transformados de su estadía en el Cenáculo, que les obtuvo la efusión del Espíritu Santo, del mismo modo debe haber una profunda diferencia entre el novicio que empieza y ese mismo novicio cuando termina su tiempo de retiro y de acercamiento a Dios.

Por eso mismo, parece contrario al mismo fin del noviciado transformarlo en un año de estudios y de experiencias apostólicas. Así como los razonamientos y la búsqueda puramente científica perjudican en la oración la unión con Dios, lo mismo sucedería con un noviciado que no tuviera ya como fin primordial el encuentro personal, íntimo y constante del alma con el único Señor y Maestro. La meditación de la Sagrada Escritura, la lectura de los Santos Padres y de buenos autores espirituales, debe ayudar y orientar al religioso hacia el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y producir en él una adhesión indefectible, fundada en una fe semejante a la de los apóstoles, a la de Pablo, a la de la Virgen María, capaz de soportarlo todo, de sufrirlo todo y de desapegarse de todo, por amor a Nuestro Señor.

2º En qué consiste nuestra vida apostólica.

¿No vemos que hacer de nuestra vida religiosa un simple medio en relación a nuestra vida apostólica, supone el peligro de evadirse de ese medio cuando parezca interferir en la obtención de este fin? Pero rápidamente se llegará a eso si se tiene una idea falsa de la vida apostólica. De ahí la necesidad de precisar en qué consiste nuestra vida apostólica.

Nuestra vida apostólica, ¿es una ciencia humana, una psicología aplicada, una metodología, el resultado del conocimiento y experimentación de los medios y métodos más modernos de acción sobre las inteligencias y las voluntades, ciencia en que sobresalen actualmente los que manejan los formidables medios de comunicación social, tales como las sociedades de publicidad, de prensa, de información, de televisión, etc.? Nuestra vida apostólica, ¿se mide por el número de catecúmenos o de cristianos ganados con nuestra predicación, o por el número de bautismos, comuniones y casamientos? Nuestra vida apostólica, ¿corresponde al número de kilómetros recorridos, al número de días de visita en los pueblos vecinos? Nuestra vida apostólica, ¿se mide por el número de iglesias, de dispensarios, de escuelas, de casas

religiosas que hayamos construido? Nuestra vida apostólica, ¿consiste sobre todo en asegurar nuestra supervivencia con numerosas vocaciones sacerdotales o religiosas? Nuestra vida apostólica, en fin, ¿se mide por nuestro agotamiento al fin de nuestras jornadas concluidas a medianoche o aún más tarde, a causa de las sesiones y reuniones que es imposible realizar durante el día?

¿No es tiempo de distinguir aquí también el fin de los medios? ¿No es éste el peligro de la civilización moderna, que pone a nuestra disposición un número creciente de medios para decuplicar nuestra actividad humana, haciéndonos perder de vista el fin y atrayendo nuestra atención e interés sobre los medios? Por eso, para tener un juicio correcto de los medios, debemos definir el fin del apostolado, y lo que lo constituye esencialmente.

Si tomamos por referencia el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, fácilmente podremos definir lo que realmente constituye a un apóstol.

- *El apóstol es, ante todo, objeto de una elección, de una vocación, y luego de un envío, después de haber sido santificado por el Espíritu Santo.*
- *El apóstol se destina a predicar el nombre de Jesús y todo su Evangelio.*
- *El apóstol se destina a santificar por el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, el Orden.*
- *El apóstol lleva a Cristo en él y con él, en su persona, en sus acciones y en sus palabras. Desde entonces, el apóstol se identifica con Cristo, «para que los ames con el mismo amor con que tú me amaste» (Jn. 17,26): para que el amor del Padre, que identifica al Hijo con el Padre, identifique a los apóstoles con el Hijo y con el Padre.*

Todo lo que antes enunciamos como susceptible de medir nuestra vida apostólica, no es en realidad más que un medio respecto de este fin: amar a Cristo para llevarlo a las almas, a fin de que ese amor se difunda y cante la gloria de Dios.

3º Relaciones entre vida religiosa y vida apostólica.

Así considerado, el problema del doble fin de nuestra vida religiosa y de nuestra vida apostólica no hace más que replantear la exacta relación entre el amor de Dios y el amor del prójimo.

No se puede decir que el amor de Dios sea un medio para amar al prójimo, sino que más bien es la fuente del amor del prójimo, de tal manera que los dos están ligados como la causa al efecto.

La vida religiosa, en el sentido canónico de la palabra, no es por cierto la única vía del amor de Dios, pero conduce a él *«tutius, securius, velocius»*, con más seguridad, facilidad y rapidez. Los consejos evangélicos no son más que instrumentos de perfección, destinados a la perfecta observancia de los mandamientos. En ese sentido, se puede decir que la vida religiosa, es decir, las observancias de la vida religiosa, son medios respecto del fin, que es la perfecta unión con Dios; y que subordinar la perfección, que consiste en darse enteramente a Dios, al amor del prójimo, que es un efecto del amor de Dios, sería invertir el orden.

Por otra parte, ¿no es manifiesto que los más eficaces en convertir a las almas son quienes están profundamente unidos a Dios? La experiencia nos muestra que los misioneros o los apóstoles más eficaces no son necesariamente los más activos y ocupados, sino los hombres de oración, de vida interior, de acción ordenada y perseverante; hombres de fe y de confianza en Dios, que lo atraen todo y a todos a Nuestro Señor Jesucristo, teniendo más fe en su gracia todopoderosa que en sus propios esfuerzos personales.

También sabemos por experiencia que nuestro amor de Dios no se mantiene constantemente, como algo que nos hubiera sido otorgado establemente por el bautismo o nuestra profesión religiosa: es una vida que puede crecer y debilitarse, y aun desaparecer. De ahí la gran utilidad de las prescripciones de la vida religiosa para mantenernos y hacernos crecer en ese camino del Espíritu Santo.

Es bien patente, por lo tanto, que al querer simplificar demasiado la relación de la vida religiosa con la vida apostólica sin definirlas ni precisarlas, se corre el riesgo de hacer poco caso de las observancias de la vida religiosa y aun del noviciado. Se dirá entonces rápidamente que el método y las formas eran *egocéntricas*, que uno estaba más preocupado de sí mismo que del apostolado para el cual estamos hechos. En realidad, bastaría con cambiar de palabra, y decir que el noviciado es *cristocéntrico*, para concluir que es sumamente apostólico, pues el apóstol vive de Cristo y por Cristo.

¡Bienaventurado el que, durante su noviciado, haya aplicado su inteligencia, su corazón y su alma a Jesús! Quien lo haya hecho así, no sólo habrá decuplicado, sino centuplicado, sus posibilidades apostólicas. El Venerable Padre Liermann no deja de insistir en estas verdades.

Conclusión.

De estas reflexiones podemos concluir que, antes de pretender modificar el noviciado, hemos de reflexionar seriamente y considerar si no estamos tocando lo que el religioso apóstol tiene precisamente de más precioso y esencial para su apostolado y su propia vida interior: el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, más experimental que teórico, conocimiento vital que produce la unión de las voluntades y de los corazones.

Lo que parece esencial es que, al salir de nuestro noviciado, podamos contestarle a Nuestro Señor con las mismas palabras con que San Pedro respondió a la pregunta que Jesús nos hace: «*¿Me amas?*» «*Señor, tú sabes que te amo*» (Jn. 21 15).

MONSEÑOR MARCEL LEFEBVRE

(Carta de mayo-junio de 1967 a los misioneros espiritanos)